

# Enrique Molina o el lenguaje de la pasión \*

¡Caminos! Siempre hacia qué nada que se aleja, siempre hacia qué nada que regresa. El mundo es enigmático. Existe menos en sus materias que en la vorágine de la pasión y la angustia, en la eterna incertidumbre en cuyo centro el erotismo despliega un sol carnal, una respuesta, un único, inalcanzable foco de plenitud, un desesperado lazo a través del tiempo y la nada en la avidez sin límites de todo corazón.

A Daniel Babinsky

Camila O'Gorman, Enrique Molina

El autobús que tomé en las cataratas de Iguazú me llevó hasta Buenos Aires. Era el otoño del setenta y siete, mal tiempo para una nación de continuas revueltas que volvía a estar bajo la férula de un terrible dictador. Varias veces el autobús se detuvo para que los militares —que vigilaban ciertos puntos estratégicos— registraran nuestros equipajes. En todas las ocasiones se asombraron de que el mío sólo contuviera algunos libros y una muda. Entre los libros llevaba *Camila O'Gorman*, pero ellos no supieron detectar el poder inflamable de esas páginas. Yo me sentía impaciente por llegar y ponerme a la búsqueda de este escritor que había signado con fuego indeleble la fuerza arrebatadora y reveladora de la pasión. Buenos Aires estaba sumida en la niebla y el frío. Me dirigí al diario *La Nación* para ver si conseguía el paradero del autor de *Fuego libre*. Alguien, encargado de la sección literaria, me miró de arriba a abajo y me preguntó para qué quería verlo y quién era. Se lo dije. Se puso al teléfono y llamó a otro poeta al que comunicó mi intención. De nuevo tuve que darle explicaciones y, finalmente, obtuve el teléfono de la mujer de Molina quien me citó a una hora temprana con el poeta. Todo este trajín no se debía a que Molina fuera un hombre ocupado o inaccesible, sino a una prudencia lógica ante un gobierno especializado en las desapariciones y en el terror.

Cuando llamé a la puerta de un decimotercer piso de la calle Pueyrredón, me sorprendió la fotografía de unos ojos de mujer pegada a la altura de la mirilla. Inmediatamente recordé estos versos de Antonio Machado: «*El ojo que ves no es ojo / porque tú lo veas; / es ojo porque te ve*». Oí pasos y una persona de mediana estatura, fuerte, con los cabellos ya plateados y ojos de asombro, apareció ante mí. Le abracé y nos sentamos en un pequeño sofá del vestíbulo. No había sala a donde pasar: la otra habitación era el dormitorio donde tenía una mesa de trabajo. La primera media hora la pasamos

\* Estos recuerdos y notas fueron escritos en 1978, después de mi visita a uno de los más interesantes y desconocidos (entre nosotros) poetas argentinos. En la actualidad, si tuviera que escribir sobre Molina, razonaría más las frases, pero dudo mucho de que lograra ser más verdadero. No creo necesario advertir que estas páginas son un homenaje.

apurando una botella de ginebra que a mí me soltó la lengua y me tranquilizó. Le hablé de su poesía, de cómo está dirigida a una región del espíritu donde las imágenes y nuestras vivencias encarnan. Un lugar de entresueños. Sus palabras despiertan en nosotros asociaciones aparentemente involuntarias: la vida adormecida en ciertos hoteles, cuerpos abrazados bajo un árbol de fuego y mareas azotadas por el brillo pasional de la luna. En sus poemas siempre hay alguien que dice adiós. Pienso que cuando el poeta salió de Argentina —tenía veinticuatro años y acababa de terminar Derecho— podía repetir con Cendrars: «Cuando se ama hay que partir». Se parte porque el deseo (que es la forma que adopta el amor) «es una pregunta cuya respuesta no existe», como nos dejó dicho Cernuda. Se busca en ese continuo desvivirse la dimensión de lo maravilloso, también de lo terrible. Se parte porque sólo así el amor pervive, en la ruptura. Y junto a esta imagen hemos de ver, erguido en la proa del barco, al Hijo Pródigo con el fuerte y peligroso ácido de orgullo en su mirada de adiós. Molina navegaría varios años, limpiando la borda, haciendo *tareas sin esperanza*,<sup>1</sup> y conocería las riquezas de los puertos, las habitaciones de una sola noche y sus fantasmas, los cuerpos amados que la memoria trata de recobrar de forma tantálica en la soledad de un camastro que se balancea por la redondez de la tierra. Molina es un hombre de viajes, alguien muy poco apegado a la mesa de trabajo. Su obra está formada por algo más de ciento cincuenta poemas, un libro inclasificable, entre la narración y el documento, y varios prólogos y artículos no recogidos en libro. También ha hecho algunas traducciones que parecen una ampliación, aclaración o referencia de su propia obra: *Prosa del transiberiano* (Blaise Cendrars), *El amor loco* (André Breton), *Una temporada en el infierno* (Arthur Rimbaud), esta última en colaboración con Oliverio Girondo, y también, como me confesara «muchas noveluchas francesas, libros malos de aventuras y cosas así que ni siquiera tengo que leer y que me ayudan económicamente». La ginebra había ayudado a eliminar preámbulos y, un par de horas después estábamos en un pequeño restaurante. Al amor de un par de botellas de vino seguimos hablando de literatura. Hablamos de la poesía española y surgió Cernuda: «quizás el más grande de la generación del veintisiete», dijo, y le recordé que el hispanista francés André Coyné dice en el prólogo a una antología suya que *La Realidad y el Deseo* es un título que le pertenece al poeta argentino de no ser porque el sevillano se le adelantó en el tiempo. Edgard Bayley nos leería al día siguiente un cuento en el cual Enrique Molina aparecía con una maleta llena de un misterioso magma. Inabarcable, resbaladiza, rara vez sujeta a forma y a temas únicos, la poesía de Molina es un magma fosforescente. Es una palpitación, un estar asombrado constantemente porque sabe *que arde en las cosas un terror antiguo*. ¿Y qué es ese terror? Para situar esta pregunta tendremos que interrogarnos acerca del deseo y sus apariciones, por ese saber inherente a la pasión que, pasmada ante su objeto, no lo anula en el abrazo: lo sabe allí, al otro lado del mundo, como presencia inconstante que nos mantiene en el fuego. Por ello los amantes son antípodas, seres condenados al misterio y a la atracción. A esa dialéctica del deseo que no acaba de cumplirse, la califica Molina en varias ocasiones de tantálica. Veamos ahora una definición *poética* de cinco términos que son estrellas capitales en la constelación de su poesía.

<sup>1</sup> Todas las cursivas sin justificar pertenecen a la obra de Enrique Molina.

EL FUEGO: Los antiguos lo tuvieron como uno de los cuatro elementos de la naturaleza. Materia encendida. Ahumarada hecha para aviso en las atalayas de las costas. El mundo es llama; la llama, purificación. Los fuegos nocturnos son infieles: todo lo abrazan y en todo arden. El fuego está ávido de encarnación, pero al abrazar abrasa. El fuego busca el agua. *Cfr. Amantes Antípodas.*

LAS COSAS: Son intuitivas. Reverberan con un brillo tantálico. Es el mundo y su continua provocación. Están más allá de nuestras imágenes, de nuestras palabras: árboles, ríos y nubes hablan un mismo lenguaje hecho quizá de silencio. Nuestra conciencia está sola ante ellas. Las cosas se confunden a veces con el deseo y su realidad entonces es ambigua, pero también es el momento de las visiones y de las revelaciones. Carnaval de fetiches: nuestra condición y nuestra condenación.

LA MUJER: No siempre se tiene certeza de que su presencia sea real, tangible; pero su voz nos llama y nuestro cuerpo despierta. Gracias a ella nunca volveremos a Itaca. Tiene forma de continente, de árbol; en ocasiones, en los caminos umbríos, aparece tocada por una luminosidad terrible. Objeto de adoración y lugar de abismos. En la poesía de Molina la mujer es inabarcable (lo mismo que decimos de su poesía), pero sabe, desde su *memoria y desamparo que sólo ella es real en la vorágine*. A altas horas de la madrugada se le oyó decir al poeta, citando a otro, que la mujer es el alimento espiritual más alto. A partir de aquí hubo que abandonarle entre las callejas de esa noche. A su vuelta habría de informar en uno de sus poemas, refiriéndose a la mujer, que *su misterio es impenetrable*.

EL DESEO: Una de las palabras más bellas del diccionario. Cualquiera puede consultarla en la letra D, pero sólo es real en el cuerpo. Desear es ser, querer ser. El deseo en Molina es una pasión, y la pasión es el lenguaje de los amantes, también de los desesperados. En Luis Cernuda el deseo, en ocasiones, a fuerza de afirmarse sin alcanzar el reconocimiento, es espectral. Amor al deseo mismo. No pocas veces el deseo aparece solitario y trágico ante las orillas del mundo. No podría decir que ambos poetas lo viven igual, pero sí que en su última imagen es lo mismo: una pregunta polifónica e inacabable. Enrique Molina no se pregunta qué es el deseo: constata, y al hacerlo nos dice que los amantes son antípodas. No canta a la plenitud ni en la plenitud del ser (el acuerdo entre el mundo y el hombre de Jorge Guillén no encuentra lugar en el poeta argentino), sino al *desamparado en la corriente*. Criatura con una avidez sin límites, siente la belleza del mundo como demoníaca. El deseo se encrespa, quiere desatarse, estallar, agotarse en lo idéntico, pero una y otra vez vuelve a sí mismo, como Sísifo a su condena. Todo huye de pronto y se hace enigma. *¡Tanto sitio ilusorio, tanto lugar de no llegar nunca!* Es algo que fue y no sigue siendo. El hombre en la poesía de Molina es un ser escindido, separado, y al mismo tiempo brillan en sus gestos los signos de un mundo esplendoroso: es la otra orilla, el otro lado del cauce de un mismo río. Ciertamente esta poesía se inscribe en una tradición que viene del romanticismo alemán e inglés y que estalla en el primer tercio de nuestro siglo en los textos y en los actos de los surrealistas.

EL AMOR: *Los más bellos dones de la imprudencia ennoblecieron su conducta*, dice Enrique Molina en *Camila O'Gorman*, la heroína de su único libro en prosa. El sentido último de sus poemas no es que lo comprendamos, sino que nos haga amar, que exalte